

LA VENTANA
de Carmen
Llorca

840

EL DOCTOR MARAÑÓN



NO sé si se podría explicar, ni comprender, la primera mitad del siglo XX español sin recurrir a la figura del doctor Gregorio Marañón. Puede que configure a su tiempo. Puede también ser un producto del mismo. En ambos casos, este modo de vincularse a una época, de comprometerse, desde todos los puntos de vista que definen a un hombre, con el periodo histórico que le toca vivir, son ya elementos imprescindibles para la creación de un personaje. El doctor Marañón está enamorado de la época en que vive, le gustan sus protagonistas, trata a sus héroes, ama a sus enfermos. En cierto modo se hace a sí mismo y moldea su vida, como una lenta obra de arte, día tras día, en la adversidad y en la gloria.

MARINO Gómez-Santos acaba de publicar la «Vida de Gregorio Marañón» (Ediciones Taurus). El libro, denso y amplio, tiene todas las ventajas de quien escribe sobre el personaje que ha conocido y tratado. No es una reconstrucción, es una evocación apasionada y sincera sobre la vida de un hombre del que todavía no se han apagado los ecos de su existencia. Marañón cubrió ampliamente todo el panorama de la vida nacional: el ejercicio de la medicina, la investigación histórica, la creación literaria, el patrocinio de aquellos que apuntaban en el horizonte de las nuevas generaciones, la sociedad, los viajes, la política, con los riesgos y consecuencias de la misma. Nada le fué ajeno, y nadie le resultó indiferente. Pero a todo atendió con una característica esencial: la educación. Este dato podrá parecer superfluo y, sin embargo, en el caso del doctor Marañón no lo es. Prestó a este detalle toda la exigencia que un ser humano está obligado a ejercer con sus semejantes, porque la educación en Marañón no era simplemente una forma, sino indicio de un respeto.

Marino Gómez-Santos no deja de recoger esta característica fundamental al decir: «Ya en las postrimerías de su vida le hemos oído decir muchas veces que en sus enseñanzas del hospital le importaba menos que sus colaboradores dominaran los secretos de la clínica, que aprendiesen a tratar a los enfermos como si fueran caballeros de la Tabla Redonda.»

EL doctor Marañón poseía el sentido de la medida, el secreto de la armonía y de la unidad para su largo recorrido por el camino del bien. Posee el don de la disciplina para consigo mismo y el de la organización, que le permiten hacer muchas cosas a la vez. «Trapero del tiempo», dirá para explicar, con palabras sencillas, ese complicado proceso que supone el ahorro del tiempo para un ser que desborda —por el número de sus inquietudes— la asignación de días con que cuentan los hombres.

MARINO Gómez-Santos hace un relato completo y acabado de la vida del doctor Marañón. Le ha seguido año tras año, día tras día, hasta elaborar este estudio-documento en el que nada falta. La obra se lee con ese deleite con que se asiste al recuento de una vida serena, la vida de un gran maestro. Y no deja de ser curioso asistir al despertar de inquietudes en el doctor Marañón, como cuando señala los problemas de la sexualidad, hoy tan candentes, o a su visión sobre las oposiciones a cátedras, haciendo declaraciones en las que puso de manifiesto no sólo su conocimiento del problema, sino su honestidad profesional.

ENTRÉ todos los que dedicaron a Marañón su pensamiento, recogidos pacientemente por Marino Gómez-Santos, posiblemente ninguno me parezca tan exacto como el de Juan Ramón Jiménez, que escribió en sus «Retratos Líricos» estas palabras:

LEGA uno a él como a esos parajes ligeros donde es bueno reposar. Desde él se ve el mar y el día azul está sobre nosotros fijo, seguro de que no nos va a dejar.

ES un pino-hombre el que nos habla, arraigado firmemente, con nidos en su copa? Ahora, de pronto —tal es su realidad—, no sabemos si la imagen es real o pintada por un gran pintor exaltador de lo real, realidad doble.»



"Pueblo" 7. VII. 71